

## **LA UNIÓN ORGÁNICA ENTRE CRISTO Y LA IGLESIA.**

Dice Colosenses 1:24 **“... me alegro de mis sufrimientos por vosotros, y en mi carne, completando lo que falta de las aflicciones de Cristo, hago mi parte por su cuerpo, que es la iglesia”**. Al leer este verso surgen dos preguntas: “¿Pablo está sufriendo lo que le hace falta sufrir a Cristo?, o ¿está sufriendo lo que le hace falta sufrir a la Iglesia? Para dar respuesta a estas preguntas es sumamente necesario entender la mente apostólica, pues, Pablo tiene fusionado el entendimiento acerca de Cristo y la Iglesia, ambos son la misma cosa. Al leer este verso, así como todos los escritos de Pablo, nos damos cuenta que para él, Cristo es la Iglesia, y la Iglesia es Cristo. Para Pablo existe una unión orgánica entre todos los cristianos nacidos de nuevo y Cristo. Fue a raíz de esta revelación fue que el Señor pudo desarrollar el ministerio apostólico en Pablo.

Cuando Pablo fue encontrado por el Señor, mientras iba camino a Damasco, le quedó clara una cosa, que Cristo es la Iglesia, y la Iglesia es Cristo. La Biblia narra que Pablo (siendo aún Saulo) cayó a tierra, y oyó una voz que le dijo: **“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”**; y él dijo: **¿Quién eres, Señor? Y le respondió: “Yo soy Jesús a quien tú persigues”**; Después de esta experiencia, Pablo tuvo claro que el Señor Jesús tenía una relación orgánica con los creyentes. Es muy probable que Pablo conoció a Jesús físicamente, pues, en una de sus cartas dice: **“... y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así”** (2 Corintios 5:16). Quiere decir que aunque sea lejanamente Pablo conoció al Señor Jesús en sus tres años y medio de ministerio. Ahora bien, después él dice que ya no lo conocía así, porque cuando iba camino a Damasco lo conoció como el Cristo-Iglesia. Esta revelación fue un pivote en la vida y el ministerio del apóstol Pablo, y de esta cuenta fue que él empezó a ver y a hablar de la Iglesia de la misma manera que los doce apóstoles del Señor. Recordemos que los doce apóstoles convivieron con el Señor Jesús durante los tres años y medio de su ministerio, y en todo ese tiempo el Señor les habló de este misterio, sin embargo, a Pablo la revelación divina se lo insertó en el corazón en unas pocas palabras: **“Yo soy Jesús a quien tú persigues...”**. La experiencia que Saulo tuvo camino a Damasco fue conmovedora, pues, él había perseguido a muchos creyentes, y los había metido a la cárcel; él mismo consintió la muerte de Esteban, y así seguramente martirizó a muchos de los que creían en Jesús.

La Biblia dice en Hechos 1, que cuando el Señor Jesús resucitó, Él se les estuvo apareciendo a los doce apóstoles durante cuarenta días. En ese tiempo ellos aprendieron que la naturaleza de Jesús había cambiado, ellos comprendieron que ya no era el mismo “Cristo” (como un individuo) que había nacido en Belén, sino que ahora tenía un carácter corporativo-orgánico. Luego que los discípulos entendieron esto, el Señor ascendió, y luego vino el Espíritu Santo en pentecostés, y allí empezó la “Era de la Iglesia”. Todos los apóstoles del Señor de aquella era tenían clara una verdad: **“Entre Cristo y los creyentes que conforman Su Cuerpo místico existe una unión orgánica”**.

Al hablar de una unión orgánica, nos estamos refiriendo a una realidad sumamente parecida al matrimonio. Tal vez muchos de los que se casaron nunca dimensionaron lo que era el matrimonio, sin embargo, el fin de dicha unión era que llegasen a ser uno. Hay parejas que están lejos de alcanzar tal unión, literalmente cumplen el dicho popular: **“juntos pero no revueltos”**; en primer lugar viven así porque no lo creen, saben el concepto de matrimonio pero no lo experimentan. Dice Génesis 1:24 **“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”**. Esto es un principio inquebrantable para los que se casan, lo que uno de los cónyuges haga afectará directamente al otro, tanto para lo bueno como para lo malo. La unión del matrimonio es similar a la unión que existe entre Cristo y la Iglesia. A esta unión espiritual el apóstol Pablo no le llamó matrimonio, sino

que lo llamó “El Misterio”; esto consiste en que Cristo ya no es un individuo, sino un “hombre” corporativo conformado por muchos miembros.

En esta era presente el Señor Jesús solo existe como un individuo para efectos de salvación, pero después de ese momento, a Él ya no lo podemos encontrar más así. Los que ya son salvos no pueden seguir desarrollándose espiritualmente, a menos que sean incorporados a la comunión de los santos en una Iglesia local. Hay un principio orgánico inquebrantable: *“Cristo es la cabeza de Su Cuerpo que es la Iglesia, y cada uno de nosotros somos miembros de ese Cuerpo místico, por lo tanto, debemos estar en comunión con nuestros hermanos, pues, sólo estando juntos podemos manifestarlo aquí en la tierra”*.

Para entender más acerca de este misterio, leamos los dos siguientes pasajes:

***Hechos 2:1 “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. v:2 Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; v:3 y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. v:4 Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”***.

***1 Corintios 12:12 “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. v:13 Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”***.

La experiencia del Bautismo en el Espíritu Santo en pentecostés no consistió en que todos hayan recibido el “don de lenguas”. La palabra “bautismo” quiere decir “sumergir”, por lo tanto, lo que dice el pasaje es que todos los que estaban en el aposento alto quedaron inmersos por un viento recio que llenó la casa donde estaban sentados. El Espíritu Santo fue el agente divino que llenó aquella casa, y el que dispensó en los discípulos a la misma persona de Jesús. Lo que sucedió en Pentecostés fue que el Espíritu Santo se convirtió en el Cuerpo místico de Cristo, y a manera de un viento recio llenó toda la casa donde estaban reunidas esas ciento veinte personas, de modo que fueron “bautizados” en el Espíritu Santo. De allí surgió el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

Si hacemos memoria, o indagamos acerca de las fiestas de Israel, nos podemos dar cuenta que pentecostés era una de las fiestas principales del pueblo judío. En el relato de Hechos 2, precisamente se hace mención de esta celebración religiosa, a la cual asistían judíos y prosélitos de todas partes del mundo. Como Jerusalén era una ciudad pequeña, muchos de los peregrinos que ya no lograban conseguir hospedaje, usualmente tenían que quedarse en las calles. Muchas de estas personas vieron lo que había sucedido en el aposento alto donde estaban los apóstoles, y al escuchar a Pedro, compungidos de corazón creyeron en Jesús. Ahora bien, estos miles de peregrinos que se convirtieron al Evangelio, de pronto decidieron quedarse viviendo en Jerusalén. Ante este masivo crecimiento de los discípulos, y siendo que la mayoría eran extranjeros, muchos fueron movidos por el Señor a vender sus bienes, con tal de darles alimento a todas estas personas. Según algunos historiadores esta manera de vida comunitaria en Jerusalén duró entre ocho y nueve años, y por lo que nos dice la Biblia nunca se volvió a repetir.

Después de ese tiempo, vino el tiempo de la diáspora, que fue cuando todos los hermanos fueron esparcidos, menos los apóstoles (Hechos 8:1). El Señor les reveló a los apóstoles la razón por la cual había permitido tal diáspora, y no era otra cosa más que abrirse espacio para

manifestarse aquí en la tierra. Hasta el día de hoy el Cuerpo de Cristo en la tierra se manifiesta a través de las reuniones de los santos en las distintas Iglesias locales. Ante tal revelación los apóstoles empezaron a salir de Jerusalén, y a la mayoría de lugares que llegaban encontraban creyentes que estaban reuniéndose en el Nombre del Señor.

La revelación del misterio que predicaba Pablo básicamente es lo siguiente: 1) La cabeza de la Iglesia es Cristo, y 2) El Cuerpo de Cristo está conformado por todos los creyentes convertidos, o lo que conocemos como Iglesia Universal; ambos, en unión orgánica forman un Nuevo Hombre. La revelación complementaria al misterio es que el Señor trata a Su Cuerpo Universal, única y exclusivamente a través de las congregaciones, o Iglesias Locales. Es por esta razón que vemos en la Biblia que existió la Iglesia en Éfeso, la Iglesia en Tesalónica, la Iglesia en Filipo, etc. Los doce apóstoles entendieron que la Iglesia "Universal" no podía manifestarse, ni reunirse en su totalidad, pero entendieron que los santos reunidos con responsabilidad conforman una Iglesia local, y como tal, son la representatividad de la Iglesia Universal. Al leer el Nuevo Testamento, nos damos cuenta que Pablo le escribió a las Iglesias locales (a excepción de Tito, Filemón, y Timoteo). Todos los apóstoles entendieron que la Iglesia Universal solo puede manifestarse entre los creyentes que se reúnen responsablemente para edificarse mutuamente.

La unión orgánica entre Cristo y la Iglesia es una realidad espiritual, aunque sólo se vuelve una práctica cuando los santos se congregan fielmente. En nuestro tiempo la religión nos ha golpeado tanto, que la mayoría le huimos a las cosas de Dios, especialmente los que traemos un trasfondo evangélico. Muchas veces criticamos a los católicos, sobre todo cuando los vemos cargando imágenes, sin embargo, muchos de ellos lo hacen con sinceridad y devoción a Dios. Ahora bien, la actitud de nosotros al querer liberarnos de los aspectos religiosos, muchas veces es peor, pues, optamos por no hacer nada. Está bien desligarnos de la religión y de todos sus tentáculos, pero no nos desliguemos de Cristo y Su Iglesia, eso jamás. Al leer la Biblia detenidamente, nos damos cuenta que Dios no tiene espacio ni planes para nadie, sino solo para aquellos que están unidos orgánicamente a Cristo por medio de las Iglesias Locales.

Sólo los creyentes que están en la práctica de congregarse van a obtener la herencia que Dios ha preparado. Hoy en día muchos renuncian a los aspectos religiosos y a las sectas religiosas, y la verdad eso no es tan difícil; lo que más cuesta en el recobro del Señor es integrarse orgánicamente al Cuerpo de Cristo. Tengamos cuidado de no cometer el error de abandonar a Cristo queriendo dejar la religión. Aunque estos dos aspectos son bien parecidos, no son lo mismo; por lo tanto, debemos ser cuidadosos. El hecho de que los hombres fallen, no quiere decir que el Evangelio no sirva; y no porque los líderes nos hayan inducido hacia una ruta de muerte espiritual, debemos consentir llegar al final de ese camino. Debemos ser cuidadosos en lo que hemos de hacer al llegar al punto del hastío religioso; si no nos congregamos vamos a morir espiritualmente, y mantenernos en la religión también nos va a matar, lo único que nos preserva la Vida es la unión orgánica a Cristo por medio de Su Cuerpo.

Debemos dejar la religión y retornar al principio orgánico entre Cristo y la Iglesia. Dejar la religión no consiste sólo en dejar las malas doctrinas, pues, en realidad nadie tiene una doctrina pura. Nosotros mismos tenemos la experiencia de estar depurando constantemente la doctrina, por lo tanto, no vamos a considerar a "x", o "y" grupo como religioso sólo por su doctrina. Dejar la religión no consiste solamente en cambiar doctrinas, está bien cambiar lo que consideremos incorrecto a la luz de La Escritura, pero no es lo esencial. En lo natural, si un plato está sucio de nada sirve que le cambien la comida, pues, el problema no está propiamente en la comida sino en el plato. En lo espiritual es igual, debemos de ir en pos de la sana doctrina como un complemento a la Vida divina, pero sobre todo debemos dejar la religión. En la medida que practiquemos la unión orgánica con Cristo, en esa medida dejaremos la religión. Los que hemos creído en Cristo ya somos parte de Su Cuerpo, lo que no debemos descuidar es la práctica de Iglesia, es decir, el hecho de reunirnos con los hermanos.

El libro de Apocalipsis fue escrito por el apóstol Juan por una revelación divina, es un libro totalmente profético donde encontramos un mensaje directo del Señor a las Iglesias. Las siete Iglesias que encontramos en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis son una representación de la totalidad de todas las Iglesias locales del mundo en todos los tiempos. Quiere decir que la Iglesia local en Guatemala está contenida en al menos una de las localidades a las que le escribió el apóstol Juan en dicho libro, o bien, puede ser las siete Iglesias. Lo interesante de esas siete cartas a las siete Iglesias, es que el Señor dice que de ellas van a salir los vencedores, así como los creyentes reprobados. Los creyentes que se congregan tienen la oportunidad de ser vencedores, o reprobados, pero ¿qué pasa con los que no se congregan? Tales creyentes, ya es un hecho que están reprobados.

Dice Juan 15:1 ***“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador”***. La vid verdadera es Cristo; y el viñador es el Padre, El es el que se encarga de sembrar y cosechar. Luego dice el v: 2 ***“Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo quita; y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto. v:3 Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado”***. Los sarmientos son los creyentes, y los sarmientos están en unión orgánica con la vid, por lo tanto, podemos decir que los creyentes están unidos orgánicamente con Cristo. Sigue diciendo Juan 15:4 ***“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. v:5 Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. v:6 Si alguno no permanece en mí, es echado fuera como un sarmiento y se seca; y los recogen, los echan al fuego y se queman”***. ¡Ojo! No todos los creyentes se han librado de ir al infierno; ¡Cuidado con esta doctrina! Lo que sucedió es que los teólogos reformistas implantaron esta doctrina de ir al cielo, o al infierno eternamente, con tal de no creer en un purgatorio, pues, así creen los católicos. Habrán personas (incrédulas) que irán al infierno eternamente por no haber creído en Cristo, sin embargo, habrá creyentes que irán al infierno (al menos temporalmente) por haber sido infieles con el Señor. El Señor nos invita a “Permanecer” en Él, quiere decir que podemos estar “No Permaneciendo en Él”, es decir, podemos ser hijos de Dios y a la vez no estar en unión con Cristo. La manera en la que nos separamos de Cristo aquí en la tierra es no congregándonos, por eso el escritor a los Hebreos dice: ***“no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre...”*** (Hebreos 10:25). Pueden haber sarmientos pegados a la vid que no den fruto, pero aquellos que no permanecen ligados a la vid están en peor condición. Si un creyente no permanece en unión con sus hermanos (en la Iglesia Local) se va a morir, no podrá ser limpiado, ni llevará fruto jamás. Al congregarnos fielmente en nuestra Iglesia Local practicamos objetivamente la unión al Cuerpo de Cristo.

Nosotros no tenemos que hacer grandes esfuerzos para estar en la vid, esa obra la hizo el Señor Jesucristo, es lo que dice el apóstol Pablo en Colosenses 1:13 ***“el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo...”***. Estamos en Cristo por gracia, por obra Suya; ahora bien, una cosa es “estar” y otra cosa es “permanecer”; nosotros tenemos que hacer esfuerzos por “Permanecer” en la vid que es Cristo. “Permanecer” en Cristo no se trata de ser inmaculados, sino de estar en la práctica de la Iglesia. Sólo estando en Cristo llegaremos un día a ser “santificados plenamente”, pero separados de Él nada podemos hacer. Reunirnos con los hermanos no lo es todo, pero nos ubica en la esfera de acción de Dios.

Dice Juan 17:20 ***“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, v:21 para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste v:22 La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”***. El Señor dice que Él y el Padre son “uno”, y Él ora para que nosotros

los creyentes también seamos hallados en Él; esto quiere decir que la Iglesia es el Cuerpo de expresión de la divinidad. En relación a la Iglesia dice *Efesios 1:23* **“la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”**. El apóstol Pablo dice que la Iglesia es la plenitud de Cristo; para entender esto pensemos en el siguiente ejemplo: una persona es plena si posee todos los miembros de su cuerpo, pero si pierde una de sus piernas ya no es plena, y al perder órganos más vitales, dejará de existir entre los mortales porque aunque el alma es eterna, necesita de un cuerpo para expresarse. Espiritualmente es lo mismo; Dios decidió hacer de los creyentes Su Cuerpo, el instrumento por medio del cual pueda expresarse en la tierra.

El pasaje nos dice que el Señor Jesús y el Padre son uno, pero agrega también el v:21 **“... que también ellos sean uno en nosotros”**. El Señor oró al Padre para que nosotros estuviéramos en unidad con ellos (la Trinidad), por eso dice el v:22 **“La gloria que me diste les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”**. Ahora bien, hay una condicionante para poder estar en unidad con Dios, y ésta es que seamos “uno” con nuestros hermanos. Esta unión que debe haber entre Cristo y la Iglesia es como la virtud que tienen los deportistas de alto rendimiento para reaccionar según sus pensamientos de manera inmediata; así es la unión que debemos llegar a tener con Cristo, ser el Cuerpo que le de expresión a la mente divina.

La cabeza espiritual (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) quiere dirigir a la Iglesia que es Su Cuerpo. Debemos dejar la idea evangélica de llegar a ser la Iglesia con mas miembros, lo que debemos procurar es ser “uno”, un Cuerpo idóneo para que Dios se exprese a través de nosotros. Las dos cosas básicas que debemos hacer para lograr tal unión como Cuerpo son: 1) Reunirnos, y 2) Amarnos y servirnos. Con estas dos prácticas comenzó la Iglesia del principio; dice *Hechos 2:1* **“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos...”** Notemos que acá se usan dos palabras: **“unánimes y juntos”**. La orden que el Señor le dio a los discípulos antes de ascender al cielo la podemos leer versos antes: **“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén...”** (*Hechos 1:4*). Cuando el Señor dio esa orden habían más o menos unos quinientos hermanos, pero con el pasar de los días sólo se quedaron ciento veinte, los demás se fueron. Note qué actitudes las que tuvieron los ciento veinte que se quedaron “juntos”, pues, además de estar reunidos en un mismo lugar, estuvieron “unánimes”, así fue como resultó entre ellos la “unidad”. La disposición de ser “uno” fue tal que mientras esperaban la visitación del Espíritu Santo, pudieron elegir a un apóstol que ocupara el lugar de Judas el Iscariote. Generalmente, cuando se va a elegir a alguien para que ocupe un cargo, surgen divisiones, envidias, deseos de poder, y muchos bajos instintos más; sin embargo, ellos pudieron elegir a dos hermanos, y de manera sencilla echaron suertes para escoger a uno, y la suerte cayó sobre Matías quien fue contado con los doce apóstoles. Lo glorioso de esto es que ellos conservaron la unidad, no se disgustaron, ni se dividieron, sino que permanecieron como uno solo. Si nosotros cumplimos éstas dos condiciones de estar “juntos y unánimes” en el Nombre del Señor, entonces somos la Iglesia.

La Iglesia Universal no puede manifestarse sin las Iglesias locales, y una Iglesia local no existe si no hay santos que estén juntos y unánimes. Yo les insto a que se reúnan, a que cumplan con la cuota mínima de estar con los hermanos de su localidad por lo menos una vez a la semana. Si así hacemos vamos por buen camino para desarrollarnos saludablemente como Iglesias locales. Obviamente faltarán muchas más cosas que ver, y errores que reparar pero ocuparnos de estar juntos y unánimes es un buen inicio para estar en unión orgánica con nuestro Señor Jesucristo.